

«HECHOS, NADA MÁS QUE HECHOS»: ÚLTIMAS CRÓNICAS DEL PERIODISTA GALDÓS

YOLANDA ARENCIBIA
Cátedra Pérez Galdós

RESUMEN:

La labor periodística de Galdós finalizó en la temprana fecha de 1872 con las ocho *crónicas* que publicó entre enero y mayo de aquel año en *La Ilustración Española*, cuando una especie de «pronunciamento personal» lo llevó a abandonar cualquier otra escritura que no fuera la literaria, aunque después colaboró esporádicamente en diversos periódicos. Este trabajo analiza esos textos muy poco conocidos y menos estudiados, que no han aparecido en papel en su totalidad, aunque sí parcialmente en la importante edición de 1981 con el título de *Galdós periodista*.

PALABRAS CLAVE:

Pérez Galdós, periodismo, *La Ilustración Española*, vida cotidiana, historia contemporánea

ABSTRACT:

Galdós' journalistic work ended in the early date of 1872 with the eight chronicles he published between January and May of that year in *La Ilustración Española*, when a kind of «personal pronouncement» led him to abandon any other deed that was not the literary, although later collaborated sporadically in various newspapers. This paper analyzes those very little known and less studied texts, which have not appeared on paper in their entirety, although partially in the important edition of 1981 with the title *Galdós periodista*.

KEYWORDS:

Pérez Galdós, journalism, *La Ilustración Española*, daily life, contemporary history.

Podría estar de más el insistir en el interés de los textos del Galdós periodista redactados durante los diez años de escritura que median entre la aparición de su nombre en *El Ómnibus* de Las Palmas, en 1862, y las «Crónicas» de 1872 en que voy a detenerme. Aparecieron en distintas cabeceras: creo que ninguna importante falta en la relación que añade a *El Ómnibus* citado, *La Nación*, la *Revista del Movimiento Intelectual de Europa*, *Las Cortes*, *El Debate*, *La Revista de España*, *La Ilustración de Madrid*, *La Guirnalda*, *El Océano*, *La Ilustración Española y Americana*, *La opinión* de Las Palmas y *La tertulia*, de Santander. A ellos habría que añadir los textos de *La Prensa* de Buenos Aires, que publicó ese rotativo entre 1883 y 1905, con irregularidad, cuando ya había desaparecido el nombre de Galdós de la prensa española.

Para el estudio de este «Galdós periodista» siguen siendo impagables los esfuerzos de quienes han aportado repertorios o índices de prensa completos, como Shoemaker respecto a *La Nación* o Leo Hoar respecto a la *Revista del Movimiento Intelectual de Europa*; o los de Ghirardo respecto a *La Prensa* —con todos sus problemas—, en los once tomos de *Obras inéditas* publicados en 1923, en la editorial Renacimiento.

Nunca desapareció totalmente la firma de Galdós en la prensa, como sabemos; y siempre tuvo presente el escritor la utilidad del medio para difundir su obra y para captar lectores, aunque se queje a menudo de los críticos. Pero, haciendo excepción de los nombrados artículos de *La Prensa* de Buenos Aires, el «Galdós periodista» desapareció en aquella fecha temprana de 1872, con las *crónicas* de *La Ilustración Española*, cuando una especie de «pronunciamento personal» lo llevó a abandonar cualquier otra escritura que no fuera la literaria¹. Curiosamente, se mantuvo como periodista en los tiempos en que apenas se retribuía ese trabajo, y lo abandonó cuando los diarios se consolidaban en empresas rentables, contrariamente a lo que hicieron escritores como Valera, Clarín o Pardo Bazán. Sin embargo, la prensa le había servido de aprendizaje y no poco influyó en el conocimiento y la acreditación temprana de su nombre de escritor.

*

Algunas de las cabeceras antes mencionadas han sido estudiadas por importantes especialistas: unos rastreando y publicando textos, otros descubriendo y analizando la *poética* personal que el escritor temprano fue vertiendo en páginas privilegiadas de algunos medios; en *La Nación* o *La Revista de España*, principalmente. Pero queda mucho por indagar respecto al *pensamiento integral* que el joven escritor fue desgranando entre tanta página impresa, bajo los marbetes de «Revistas» de muy distinto tipo, de «Crónicas de la semana», «de la quincena» «políticas»; o «del mes»; o en «Cartas periodísticas diversas», «diálogos periodísticos», «Variedades», «Revista del año», «Bibliografía», «Galerías»... y otras variedades del género periodístico, como la escritura de folletín o el reportaje periodístico, tan cercano a la novela.

Dispuestos al estudio del Galdós periodista, la primera de las tareas ha de ser la recopilación total de los *corpus* y el acceso a los textos. Las herramientas digitales han demostrado ser determinantes en la tarea, y con ellas las cada vez más numerosas hemerotecas digitales. Así las cosas, cada vez resulta más accesible esa recopilación

¹ Posteriormente, solo realizó colaboraciones esporádicas en publicaciones como, principalmente, *Vida Nueva* (1988) *Electra* (1901) *Alma Española* (1903), *La República de las Letras* (1905), *España nueva* (1909) e *Ideas y Figuras* (1918).

exhaustiva, el estudio de los artículos organizados por temas y subtemas, y la necesaria profundización en los contenidos estéticos, sociales, políticos, históricos, etc.

Precisamente de una Hemeroteca digital, la de la *Prensa Histórica española*, me he servido para acceder a los textos que van a ocupar este espacio: ocho «Crónicas de la semana» que publicó *La Ilustración de Madrid* en 1872: los días 15 y 30 de enero, 29 de febrero, 15 y 30 de marzo, 15 y 30 de abril y 15 de mayo. Ocho crónicas, pues, que ocupan la página segunda de la publicación (excepto la de 15 de abril, que aparece en la primera), y que se atiende varios temas (de cuatro a ocho) separados por grupos de tres asteriscos.

Son textos muy poco conocidos y menos estudiados, que no han aparecido en papel en su totalidad, aunque sí parcialmente en la importante edición que realizó en el Banco de Crédito Industrial de Madrid en 1981 con el título de *Galdós periodista*.

*

La Ilustración de Madrid fue una «Revista de política, ciencias, artes y literatura» —así su subtítulo— que se publicó entre 1870-1872, siempre con la intención de aunar la información con una presentación gráfica cuidada y realizada por artistas españoles,

La revista fue promovida y dirigida por Gustavo Adolfo Bécquer, con Eduardo Gasset y Artime como director general y el apoyo de *El Imparcial* y su imprenta. Tuvo dos momentos que podríamos considerar como «etapas»: la primera comprende los años de 1870 a 1871, definida en su significación como de «transición del Romanticismo al Realismo» (en palabras de Jesús Rubio (2014: 457), y que rompió la muerte de los hermanos Bécquer en 1870: Valeriano, el director gráfico, en septiembre; y Gustavo Adolfo, el director literario, en el diciembre siguiente. El golpe fue duro, y consiguió hacer tambalear la publicación sin llegar a derrumbarla. Porque la cabecera conoció una segunda etapa en la que asumió su dirección el que era director general de ella y de *El Imparcial*, el citado Eduardo Gasset, ayudado en la redacción por periodistas expertos como Fernández Flores, *Fernaflor*. En esa etapa, Galdós figura como cronista.

En la etapa de la revista que hemos llamado «primera», Galdós había colaborado como narrador de folletines (una variedad del subgénero periodístico) con su relato *La novela en el tranvía* (sic) que se publicó en las páginas de esa revista en dos entregas de noviembre y diciembre de 1871. *La Ilustración de Madrid* quiso ser —y fue— una revista moderna que se interesó por dejar constancia artística de la actualidad de España, de sus problemas y de sus adelantos. A ese espíritu de modernidad responde *La novela en el tranvía* de Galdós, un texto que convierte en co-protagonista de los hechos al nuevo tranvía urbano que había empezado a funcionar

en Madrid en 1871, en el que viaja un individuo que llega a perder la razón –si la tenía– al verse involucrado en la historia espeluznante que le cuenta un tal Dionisio Cascajares y de la Vallina, con quien coincide en el vehículo: un relato este, complejo, abierto a sugerencias múltiples de indagación, y tan denso como podría serlo una novela. El adelanto del tren como medio de locomoción entusiasmaba a Galdós. Ocho años más tarde, cuando redacte el episodio *Un faccioso más y algunos frailes menos*, hará saber a sus lectores que ya se soñaba con él en la España de 1834 que vive «el héroe de Boteros» ficcional, don Benigno Cordero, quien explicará a la asombrada Solita la maravilla del «coche diabólico que va como el viento», inventado en Inglaterra, y que sería capaz de ponerse en dos horas de Madrid a Toledo, si funcionara en España.²

*

La primera de las «Crónicas de la Semana» de Galdós en *La Ilustración de Madrid*, se publicó –dijimos– en su segunda etapa: en el primer número de enero de 1872.

Por razones de ordenación, tendríamos que empezar por ella para iniciar el análisis que nos proponemos. Pero su realidad nos lo impone, porque tal texto no es, propiamente, una crónica sino un preámbulo teórico a ellas; una apelación explicativa dirigida al lector de tales textos y que el lector del «todo Galdós», con el tiempo y los textos, acabará considerando como característica de la «farmacia» literaria del escritor.

En la tal «crónica», el Galdós que se dirige al lector se retrata oblicuamente y con sorna, para distanciarse irónicamente del «Cronista de la semana» en que se ha convertido: un cronista que ha de renunciar a cualquier tentación literaria; que ha de ser absolutamente realista: «*Hechos y nada más que hechos, pura historia contemporánea es lo único que se consiente en estas tres columnas*» –empieza explicando. Y continúa: «Hechos nada más que hechos» –reitera– han de ser sus textos, frente a los contenidos de «literatura, ciencia, arte», frente a «el vuelo siempre atrevido y majestuoso de la fantasía del poeta»; han de ser sus textos «un estéril relato de sucesos, fríos, desnudos e insípidos» que sólo hablaran de «lo que ha pasado. ¡De lo que ha pasado!, es decir de lo que él (el público) sabe, de lo que él ha visto...».

Mientras explica lo que no pueden ser sus crónicas, Galdós regala a su lector un guiño connivente en forma de un retrato-caricatura; como si lo observara reflejado en un espejo. Le indica que, escondido él mismo en la escritura «como el gusano en las ramas secas y espinosas de la zarza» no puede evitar la risa al ver la expresión de ese sorprendido lector:

² *Un faccioso más y algunos frailes menos*, cap. XVI.

veo cómo arruga la piel de la cara en avinagrado mohín, cómo frunce las cejas, cómo extiende el labio inferior, cómo se lleva la mano a la oreja, cómo sale de su boca una modulación desdeñosa, (...) y cómo, por último, haciendo un gesto digno de Don Quijote cuando vio trocadas en ventas manchegas los castillos de su desvencijada imaginación, vuelve la hoja y va a buscar en las páginas de los grabados, alguna cosa que cure su aburrimiento.

Y puestos en aceptar lo inexorable –continúa el texto–, el propio autor ha de consolar al lector consternado y hasta enojado ante la imagen de este cronista estéril y frío que se le presenta:

Después de todo, esto no es tan malo ni tan feo como a primera vista parece. No hay cosa alguna más hermosa que la realidad, ni nada tan novelescamente curioso como lo que ha pasado. A ningún relato se presta tanta atención como al de aquellos sucesos que todos sabemos; ni hay comidilla más sabrosa que la de un acontecimiento sobre el cual cada boca humana ha dicho su palabra (pág. 2).

El cronista, sin embargo, trabaja con buenos materiales –explica: «política exterior e interior, viajes célebres, grandes conquistas del genio contemporáneo, acontecimientos literarios de todo el mundo, movimiento intelectual de España, Teatros, notabilidades, salones y espectáculos caseros para la propagación del arte o el buen gusto, reformas y obras urbanas, exposiciones o defunciones célebres, noticias artísticas anticipadas»... En total catorce *item* de temas, rematados con un «algo de murmuración» en el final de la serie.

El problema está –continúa la ironía del autor, que casi es sarcasmo– en cómo va a manejarlos este «artífice encargado» tan poco a propósito, pues es este cronista un ser que, sin llegar a mentiroso, cultiva una «endiablada fe en la excelencia y bondad de cuanto existe», que lo hace proclive al falseamiento de la verdad. Por tanto, el lector ha de esperar de él que sólo diga maravillas de la política exterior, y que todo le parezca de perlas en la interior: sostendrá que no hay político malo en España, ni en el país hacienda pública deficiente; que todos los libros serán buenos, y que en España no hay más que progreso... Así las cosas, «El sofocante despliego de una lisonja tan pródiga como indiscreta, nos atufará a todos desde que empiece a actuar el optimista recalcitrante de quien he hablado» –advierte.

*

Esta primera crónica nos pone sobre la mesa aspectos importantes.

Uno de ellos (llamémosle el primero, por impuesto) es el asentimiento personal del Galdós liberal respecto a la línea de neutralidad política que *La Ilustración de Madrid* sostenía. Está expresado con ironía y humor; pero supone asentimiento, mediante la configuración de una burla de sí mismo («el amigo cronista») con la atención puesta en los amigos de la redacción que lo han enrolado en ella, además de en el lector connivente con su pensamiento a quienes el querría poder ofrecer otra cosa.

Y no era conservador el talante de *La Ilustración de Madrid*; como no lo era su director general Gasset y Artime, ministro de Ultramar en este 1872 de la abolición de la esclavitud en Cuba que lo hizo dimitir. La publicación mantuvo desde su prospecto de salida, principios inalterados: en la base, prestar un servicio a la educación del país; en el aspecto gráfico, actuar en pro de una ilustración exclusivamente *nacional*, («donde el arte patrio pudiera manifestarse en su verdadero estado de perfección y progreso, sin acudir a importar del extranjero las ilustraciones que han de servir para reproducir en estampa los acontecimientos políticos y sociales de nuestro propio país»); y en las ideas: mantener el equilibrio e independencia empresarial sin estar sometida a ningún partido político concreto. Este aspecto, el de la neutralidad en lo político, había merecido una ADVERTENCIA el 15 de junio del pasado 1871, para insistir en que la revista la había fundado «una sociedad de aficionados al arte, que profesan las más encontradas opiniones políticas», y que la publicación «vio la luz pública haciendo la explícita declaración del firmísimo propósito que tenía de observar la más estricta neutralidad en la lucha de partidos, limitando sus aspiraciones en este punto a ofrecer en sus columnas un palenque de ilustración y de ciencia». Asentía pues, Galdós a estos principios.

El segundo de los aspectos (este propio, pero general) es señalar cómo cumple esta crónica con un aspecto formal de todo el periodismo galdosiano: la estructura expositiva, que incluye un punto de vista dialogante, es decir la aceptación de la perspectiva de «el otro», con recurrencia a los tics clásicos que alejan la crónica del soliloquio y de la opinión o consideración unilateral; y con él, la envoltura del estilo literario con las retóricas característica que, en palabras de Cecilio Alonso,

agilizan cada párrafo mediante secuencias inverosímiles, alegorías o metáforas de vigorosa fuerza poética, contrapuntos discursivos... [así, los textos resultantes] materializados bajo el dominio consciente de la forma, de la intención y del efecto, adquiere con frecuencia los rasgos vacilantes de un ensayo, que en algunos momentos traslucen la velada confesión del artista joven» (2005:70) .

Si podemos afirmar con Cecilio Alonso que el «banco de pruebas» de Galdós fue la *revista*, (esa «modalidad de crónica de actualidad que resumía selectivamen-

te acontecimientos de la actualidad procurando capturar su interés distrayéndolo o instruyéndole con amenidad»), el periodista Galdós cultivó todos los géneros literarios tratando de potenciarlos informativa y literariamente; jugando con las posibles taxonomías cerradas; mezclando lo que pudiera ser periodismo de información, de opinión y de interpretación. A la postre, probando de manera práctica la interacción de los géneros dentro del periódico. Periodismo apelativo, pues. Y literario, siempre redactado con «voluntad de estilo».

Un tercer aspecto –éste más coyuntural como relacionado con la actualidad personal del periodista– es el hecho de significar esta crónica un metatexto: una crónica sobre la crónica. Es la reflexión en voz alta que subyace respecto a qué sea, realmente, esa modalidad genérica que llamamos *crónica*, y cuáles sus límites y sus interferencias respecto a la *Poética* del género literario que llamamos Periodismo.

No es la primera vez que afronta Galdós el tema. Algunos investigadores –(Pilar Palomo (1998), Shoemaker (1979)– han llamado la atención sobre las numerosas apelaciones del Galdós periodista a juicios meta-poéticos sobre el peculiar género. En su trabajo, Shoemaker recopiló una serie de ejemplos determinantes extraídos de *La Nación* que no hace al caso repetir. Pero sí que quiero llamar la atención sobre el hecho de que este metatexto reflexivo se enmarca en la línea teórica de una preocupación artística del escritor joven y que, en distintos formatos, está dando a conocer ahora, en estos años, con aldabonazo en el ensayo teórico fundamental, «Observaciones sobre la novela contemporánea en España», que había publicado dos años atrás, en julio de 1870, la *Revista de España*. Significa «Observaciones...» una primera reflexión del novelista en ciernes en materia de poética literaria aplicada a ese género; una especie de *hoja de ruta* que debería seguir el género y que es la que él demuestra haber adoptado en su primera novela, *La Fontana de Oro*, aquella que desde hace algún tiempo guardaba en la gaveta de su mesa de trabajo y que publica ahora, en 1871.

Tras las «Observaciones...», insiste Galdós en la materia, enseguida, en la misma *Revista de España* y mediante un ensayo complementario del anterior, *Don Ramón de la Cruz y su época*, aparecido entre noviembre de 1870 y enero de 1871. Y prosigue. A modo de ejemplos complementarios, hace del tema metaliterario fundamento envuelto en ficción en tres relatos inmediatos publicados casi a la vez en tres cabeceras diferentes: *Un tribunal literario*, enero de 1871 en *El Debate*; *El artículo de fondo* en el abril siguiente y en la *Revista de España*; y *La novela en el tranvía*, el texto ya citado que publicó *La Ilustración española*, en noviembre-diciembre del mismo 1871.

Para la primera de las novelitas, *Un tribunal literario*, Galdós moldeó en las caricaturas grotescas de Francisco de Quevedo el dibujo de un aspirante a novelista sin criterio ni fundamento literario que relata en primera persona la experiencia de la

lectura de un manuscrito propio ante cuatro «autoridades», cada una de ellas partidaria de distintos tipos de novela románticoide: sentimental, folletinesca, de enredo, tremendista... El que cada uno de estos enjuiciadores defienda su postura de modo extremo, será recibido por el lector como medio de «hacer patente lo miserable de la naturaleza humana». El capitulillo último recoge la perorata burlesca sobre la realidad del «fatigoso camino de las letras» para el fracasado aprendiz de novelista que ha sido convertido en muñeco irónico por quien conoce de cerca la situación. En la segunda, *El artículo de fondo*, parodia Galdós la situación de un articulista nóvel ante la responsabilidad de redactar el subgénero periodístico del título. Los personajes y las situaciones sucesivamente imaginadas determinan el giro de las ideas del cada vez más perdido articulista, todo ello teñido del fondo irónico-sarcástico de una narración que llegará a ser caricaturesca y cómica. Desde esa distancia humorística, Galdós apunta los problemas del periodístico como profesión y como amenaza; la frivolidad de los malos profesionales; la perversión de los lenguajes; la verdad de la manipulación de la prensa; la hiperbolización de los conflictos individuales y el error de los «amores de folletín» y de sus protagonistas incapaces de separar la realidad de la fantasía. Es este el escrito de un periodista cargado de sabiduría literaria, como indicó Pilar Palomo (1988, 230). Uno de los aspectos de la tercera de las narraciones, *La novela en el tranvía*, es precisamente lo que tiene de meta-literaria, lo que significa de parodia y de crítica respecto a la novela de folletín cuyos elementos principales presenta en una atractiva intertextualidad: el esquematismo de los personajes (los buenos y los malos con sus determinaciones estereotípicas); el perfil del héroe frente al malvado y la víctima inocente; el amor y sus desmesuras como determinante; la intriga descubierta «por casualidad» en un fragmento de periódico y reinventado artificiosamente desde la imaginación... Tal parodia folletinesca parte del dinamismo de una recreación *verosímil* que, despojada del desequilibrio de un individuo concreto y de la locura de unos sueños *irrazonables* –como todos–, se transformaría en una anécdota urbana corriente, vivida por personas corrientes, que gustan del folletín en la literatura y tal vez en la vida: todo ello muy del gusto del autor y rastreable en muchos de sus textos.

Un cuarto y último aspecto merece atención en esta primera «crónica de la semana» de *La Ilustración de Madrid* que consideramos: la necesidad que explicita el autor *de justificarse* ante «el enojado lector» por lo que «el ingenuo cronista amigo mío» va a ofrecerle, es decir, la necesidad de adelantarse, casi pidiendo perdón por lo que va a atreverse a hacer. Aunque un punto de retórica clásica pudiera apreciarse, no se trata de una *captatio benevolentiae*, ni de la expresión de una falsa modestia. Es una actitud personal idiosincrática del hombre Galdós presente en casi todas sus entrevistas y rastreables en muchos de sus textos. Casi es un modo de cortesía hacia

los demás; es la asunción de que nada es insuperable, de que nadie tiene la verdad absoluta; de la contingencia de todo lo humano.

No es el momento de extendernos en ejemplos galdosianos de lo que de actitud modesta por respetuosa esconde esta crónica. Baste uno, por su cercanía genérica y casi cronológica: el primer párrafo de la «Carta al Sr. Director» de *La Prensa* de Buenos Aires, con fecha de redacción 4 de diciembre de 1883³ –la primera que Galdós redacta para esa cabecera– y con actitud semejante, pero expresada en muy distinto tono:

No debo ocultar que me acobarda la idea de escribir para la prensa americana, a quien ilustran diversas plumas nacionales y extranjeras; y empiezo a cumplir mi compromiso con cierto embarazo, que espero ha de ir menguando conforme adquiriera la costumbre de contemplar sin miedo las columnas de esas enormes hojas literarias, tan imponentes por la cantidad de su lectura, tan interesantes por la variada riqueza de sus asuntos políticos y literarios, y aún por el poder comercial que representan sus planas de anuncios, las más grandes, las más ricas que en prensa castellana se conocen, verdaderos mares de letras a los cuales no se puede mirar sin sentir vértigo y admiración.

No se dirige Galdós ahora al lector familiar de la prensa madrileña, ni al periodista amigo que comparte con él esta redacción u otras, sino a un lector del otro lado del océano que le ha empezado a conocer hace muy poco, a partir de 1880 (2014), con la difusión de los primeros *Episodios Nacionales* y –enseguida– las primeras novelas, y por las críticas de Ortega Munilla en *La Nación* de Buenos Aires a partir de 1882. Es un público, el americano, que le interesa por muchas razones, las económicas por supuesto, pero también por el reconocimiento y el prestigio de una prensa a la que confiesa admirar como expresión de un país joven y «de complejión vigorosa» que le anima a «fortalecerme y perder el miedo del otro lado del mundo (...) [desde] la simpatía vivísima hacia las naciones de América (...) [en las que] se remoja y se refresca nuestra raza». Esa cercanía ha sido reafirmada, por ejemplo, por Arturo Capdevilla, el creador, ensayista e historiador, natural de Córdoba (Argentina) y fallecido en Buenos Aires en 1967, en el prólogo a la edición de *La Fontana de Oro* por Losada en 1943: «[Galdós, por ser canario] pertenece no poco al Nuevo Mundo, y es mucho más nuestro de lo que puede creerse»; y –explica– «las islas fueron las tierras en que se anticipó a los hombres de España la geografía americana».

Tras el amplio párrafo de la *exculpatio* sentida, la «Carta» de *La Prensa* revela al Galdós periodista hábil que ofrece al público noticias de interés internacional sin

³ Debemos a la investigadora Dolores Troncoso el descubrimiento de esta primera Carta de Galdós a *La Prensa* de Buenos Aires, que adelanta la cronología respecto a lo que hasta ahora sabíamos.

perder de vista los focos de atención en la España desde la que escribe y la joven república a la que se dirige. En la envoltura de todo ello se revela el Galdós periodista de siempre: el del estilo cercano que no desdeña la andadura coloquial ni la apelación directa al lector, que atrae al lector con engodos retóricos, en que revierte la noticia en crónica y esta en reportaje cuando le viene bien. Es el mismo periodista de las crónicas de *La Ilustración de Madrid*, madurado en años y en experiencias y despreocupado de urgencia de la redacción: el que se propone a relatar *hechos* pero que se permitirá, como ha hecho siempre, «echar una cana al aire» en el oficio y dejarse arrastrar por el creador literario que lleva dentro.

Bibliografía

Coelho Baibien, Elsa Inés, «La vinculación social y cultural de Galdós con la República Argentina», *X Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 2014, págs. 453-461.

Palomo, M Pilar, «EL periodismo en Galdós», *Madrid en Galdós, Galdós en Madrid*, Comunidad de Madrid, 1988, págs. 223-230

Rubio, Jesús, «*La Ilustración de Madrid* (1870-1871). Revista de transición del Romanticismo al Realismo», *Anales Galdosianos* 26, 2014, págs. 451-471.

W. H. Shoemaker, W.H., *La crítica literaria de Galdós*, Madrid, Ínsula, 1979